

Madres e hijas: vicisitudes de un vínculo arcano

María Fernanda García Rojas Alarcón

1.- De la Lengua Materna incognoscible al silencio de las madres

“Anoche soñé que le estaba escribiendo una carta muy larga a mi madre para contarle cosas de Nueva York, pero era una forma muy peculiar de escritura. Estaba sentada en esta habitación, desde cuyos ventanales se ve el East River, y lo que hacía no era propiamente escribir, sino mover los dedos con gestos muy precisos para que la luz incidiera de una forma determinada en un espejito como de juguete que tenía en la mano y cuyos reflejos ella recogía desde una ventana que había enfrente, al otro lado del río.... Y la felicidad que me invadía en el sueño no radicaba sólo en poderle contar cosas de Nueva York a mi madre ni en tener la certeza de que ella, aun después de muerta, me oía, sino también en la complacencia que me proporcionaba mi destreza, es decir, en haber aprendido a mandarle el mensaje de aquella forma tan divertida y tan rara, que además era un juego secretamente enseñado por ella y que nadie más que nosotras dos podía compartir...” (Carmen Martín, 1996)

El comienzo de este relato me dejó la idea general del trabajo que les presentaré hoy. Tratará del vínculo arcano, secreto, inefable, entre madre e hija. Vínculo prehistórico, especular (espejito espejito...) que después la civilización patriarcal convierte en otra cosa, por suerte y por desgracia. En palabras de Margaret Atwood, “en la prehistoria, no hay hombres”. Con esto quiero decir que la madre ya atravesó por el Complejo de Edipo, desde luego, en el momento de significar al hijo o a la hija, pero el infante aún sin palabras tiene su primer contacto con el mundo a través de la voz, la piel y la mirada de la madre. Madre prehistórica y arcaica que hará de este sostén, deseo y metáfora.

Nos vemos necesitadas desde el Psicoanálisis a reconocer la lengua materna que, por su constitución, está más allá de las palabras y el lenguaje y es anterior a la subjetivación. Será nuestra labor descifrar una emisión cifrada de señales. Pocos relatos hay en la voz de Hijas en la Literatura, y los hay mucho menos desde la voz de Madres. La voz de las madres ha sido reprimida, callada, amordazada bajo la de-subjetivación de ellas. De ese primer vínculo indiferenciado no sabemos más que lo que retorna de lo reprimido.

Los escritos psicoanalíticos resuenan la voz en la posición del infante y el niño o la niña. Sólo algunos utilizan la voz de las Madres. Esto es comprensible pues hacen el intento de reconocer qué sucede en el desarrollo de la individuación del ser, pero es también un silencio sospechoso.

Lamentablemente, todo intento por escuchar este mensaje cifrado, traducido ya en su retorno de lo reprimido, y escuchado desde el lenguaje del Patriarcado harán un remedo desviado de lo originario. ¡Esto es inevitable! Las Madres quedan hechas una especie de estampita monográfica, una figura plana y sin fondo, sin tercera dimensión, casi una caricatura o incluso, en ocasiones, un fantasma.

Madres sin subjetivación. La autoexploración y el conocimiento de las madres y el espacio “no materno” de las madres, queda anulado. Las madres son subjetivadas sólo en el “objeto madre”, que son madres y nada más, que dejan de ser psicoanalista (o profesionistas), amigas, hermanas, esposas, mujeres: seres con anhelos, temores y repulsiones. La maternidad se equipara a un cedazo para mariposas que atrapa lo que quiere pero nos deja atrapadas en ese intento. La voz de las madres no se escucha o no se emite. Sólo se traduce lo que queda “en función de” los hijos, “al servicio de” la cultura.

La envidia del pene, el falocentrismo, hacen de dique para poder escuchar y entender el Más Allá. Incluso un Psicoanalista, presto a escuchar, interpretará rápidamente la “envidia del pene” en infinidad de vicisitudes entre madre e hija. No quiere decir que sea una mentira, pero es escuchar un mensaje cifrado en un código distinto y perder el primer enunciado del mensaje. Tragedia humana inherente allí donde desconocemos nuestro origen y lo repudiamos. Para subjetivarte tienes que distanciarte del objeto. El ser se postula como tal desde una herida narcisista, somos a partir del derrumbe de nuestra omnipotencia. Pero gracias a eso nos constituimos en sujetos humanos, en individuos. Si de algo da cuenta el Psicoanálisis con gran elocuencia es de esto.

Cuando llegué a este punto de comprensión del tema que nos ocupa pensé en la desgracia de estar escribiendo un trabajo de madres y de hijas. ¡Para mi sorpresa, planeo ayudarme del Psicoanálisis para dar cuenta de este vínculo arcano! De una teoría que reconoce lo fálico como significante central. Sobrevino la desilusión y me sentí en un laberinto sin salida. Comprendí a las feministas, pero también entendí que pelearme con Freud era absurdo, que Freud no da cuenta de algo que él inventó sino de cómo SON las cosas. De cómo la cultura impone su renuncia amorosa en pro de otra bandera. El camino de salida (¿de dónde?) está en otro lado, y eso, si es que lo hay...

¿Qué quieren las madres? (Concepción Garriga, hizo una exhaustiva revisión en “Aperturas Psicoanalíticas”, 2008, n. 29 y n. 30, del libro de Feig, Sh. (2005) *What do mothers want? Developmental Perspectives, Clinical Challenges*. Hillsdale: The Analytic Press) ¿Qué quieren las madres específicamente de sus hijas? ¿Qué quieren las madres para sus hijas?

2.- La narrativa

“La historia de madre e hija, no puede existir sino hasta que se da la intervención del padre/esposo, quien no ocasiona una separación irreparable pero sí da pie a que se genere la narrativa por sí misma. En este punto, Miguel Koltieniuk escribió un trabajo intitulado “Misoginia Originaria”, (presentado en el Coloquio de Cowap: Intolerancia a lo Femenino, México, D.F. 2013) donde lleva al extremo el odio a la madre, y por lo tanto el odio a las mujeres. No sé si esto es comprensible como Misoginia o más como Misogenia, que tiene que ver con el odio al Origen, pero no en sí a la mujer. ¿O quizá sí?

Para Marianne Hirsch (1989) en un capítulo de su maravilloso libro, preferimos adjudicar al “silencio” de las madres, la rabia y el enojo. Clytemnestra y Deméter (representantes míticas del asesinato arcaico), confirman los peores temores inconscientes de la omnipotencia y la destructividad maternas (la violencia, el adulterio, la ambición y el asesinato). De allí que además de que lo originario con la Madre Arcaica queda como incognoscible, la cultura impone el silencio a la rabia, resultado del sometimiento fálico.

La rabia violenta de Clytemnestra hacia Agamenon, pervierte su maternidad y la hace abandonar su responsabilidad materna. Se comprende que esta rabia debe ser domesticada o erradicada si la estructura de la

civilización pretende mantenerse. La política y el espacio público deben de ser salvaguardados por encima de la intimidad con la madre.

Se muestra la incompatibilidad de la maternidad (la única forma legítima de feminidad adulta en la cultura) con la rabia y la acción. Las madres no pueden ser ni activas ni rebeldes, y mucho menos irascibles. El límite de esto sería el filicidio y en contraparte, el matricidio.

La ira permanece en el límite de la legitimidad y de la representación cuando *las Furias* (las representantes subterráneas de la ira materna) se transforman en una nueva ley Ateniense que sostiene el derecho paterno, la madre se suplanta por el padre y es el padre el que controla las leyes de la justicia y el discurso. Vaya imagen de las *furias* convirtiéndose en *ley*, como una alegoría de las voces del superyó.

Para Clytemnestra (y para *todas las madres a partir de allí*), el vínculo entre madre e hijo es subordinado por otro orden con primacía política. La madre es abandonada y traicionada por su esposo y sus hijos. Ella queda enojada, furiosa, iracunda, con una maternidad rechazante llena de poder mortífero, violencia y destructividad.

¿Qué cómo nos sentimos algunas madres en cierto momento del desarrollo de nuestros hijos? Así: suplantadas, abandonadas, traicionadas. ¿Qué cómo nos sentimos algunas hijas en ese momento en que la madre nos deja por Otro? De igual modo: suplantadas, abandonadas y traicionadas.

“Ella se fue y quise yo prepararme desde el principio para que se fuera, para que no creyera nunca que su madre fuera a retenerla, vaya un criterio y vaya estupidez y vaya descubrimiento, cuando lo que yo más quería era tenerla entre mis brazos esa noche, esa primera noche de su vida nueva, esa primera noche de mi vida nueva, cuando ella era ya criatura entre nosotros, y seguramente que también era eso lo que ella más quería, pero yo dejé que la inteligencia se interpusiera, que el juicio dictaminara, que el futuro me poseyera y la separase de mi cuerpo con plena conciencia y con pleno dolor, un dolor innecesario, por otra parte, ahora lo comprendo, tarde, como siempre lo comprendo todo, ...y ya está hecho y hecho está, no hay nada más que decir. Sólo una mujer casi susurrando, sólo una, me dijo “achúchala todo lo que puedas ahora, después ya no se dejará”, la única persona que hubiera aprendido algo del hecho de ser madre, ya se sabe, no hay nada peor que acostumbrar a un crío a los brazos, no hay nada peor, ¿pero para quién?, ¿por qué peor?, ¿qué tienen que ver los brazos con la esclavitud?, ¿qué tienen que ver el afecto

y la independencia? O es que necesariamente donde reina libertad amor no entra, tanto miedo a la ternura le tenemos, cuánto cuidado en mantener nuestro lado de piedra, como si al sentirnos o tocarnos nos deshiciéramos...” (M. Soriano, 1996, pp. 174-75)

Sí, las madres y los hijos con suerte, queremos estar juntos, queremos, en algún momento o que por momentos, no nos perdamos de esa experiencia, la experiencia embriagadora del narcisismo del UNO.

Será Freud (Conferencia 33 de las Nuevas conferencias..., p. 112) quien nos describa la fantasía de seducción en la prehistoria de la niña, que toca el terreno de la realidad pues la madre -como primer objeto de amor-, provoca sensaciones placenteras en sus genitales. Es el mismo Freud que muchos años antes (1901, publicado en 1905), en el Caso Dora, no reconoce la homosexualidad latente de ella e interpreta sus asociaciones y sus sueños a partir del Complejo de Edipo y los Tres ensayos que elaboraba por esas fechas.

En su escrito de 1932, *La Femenidad*, reconoce este vínculo homosexual arcaico y luego, curiosamente, se “disculpa” diciendo que tal vez estas mociones pulsionales no existen en todas las niñas, para regresar al discurso cultural falocéntrico. Y dice que esta intensa ligazón se va a pique pues está destinada (por la cultura y “por nuestro propio bien”) a dejar sitio a la ligazón con el padre. Se hace un cambio de objeto pero también hay una hostilidad que termina en odio y los consiguientes reproches hacia la madre (finalmente como una madre insuficiente que “no dio lo suficiente”). La hija descubre que no tiene pene y que la madre tampoco, que la madre le deniega el pene y es por lo que hace el viraje libidinal al padre. Pero afirma que la situación femenina sólo se completa cuando la hija sustituye el deseo del pene por deseo del hijo. Aclara, pertinentemente, que describe a la mujer “sólo en la medida en que su ser está comandado por su función sexual... pero... la mujer individual ha de ser además un ser humano”. Con ello deja abierto el campo de investigación y limita sus hallazgos (En esta división que Freud hace de la mujer madre y de la mujer ser humano, pueden entrar todos los artículos de madres e hijas que hablan de la transmisión de la feminidad y de la transmisión de la maternidad como dos cosas separadas que la madre enseña a sus hijas. De todas maneras creo que esta imagen de la mujer con doble cabeza es cuestionable).

Desde aquí y a partir de aquí, las vicisitudes del desarrollo singular, harán de narrativa. Bastará escuchar en la clínica de las madres que cuentan de la

“ingratitude” de su hija. Mal que bien manejaremos ese abandono amoroso y ese enojo en pro de la cultura. Si nosotras mismas nos hemos agarrado de ella, nos hemos individuado en otro lugar que no sea sólo la maternidad (como si dijéramos “además de madre soy mujer”). También escuchamos a las hijas quejarse de sus madre, de cómo no les da lo que quieren y no les permiten tal o cual cosa, de cómo no es lo maravillosa que debería ser (la madre y ella desde luego). Las modalidades de la envidia y la ingratitude, son temas hipervalentes de algunas narraciones de la historia de madres e hijas. También, lo son madre e hija como figuras de sacrificio. Una sacrificada en nombre de la otra, víctima o victimario, figuras de sometimiento y de venganza.

Mi posición frente a Freud no es de rebatir sus postulados, pues desde su perspectiva narra cómo son las cosas. Pero justo en este punto, Freud no va más allá. Porque no pudo o porque era hombre y no sabe de esa lengua materna secreta, me parece que la percibe pero no la descifra sino con la misma ley paterna. Es decir, regresa al discurso fálico, al Complejo de Castración, allí donde la especificidad de la ligazón madre-hija tiene que ver. Se queda (en sus palabras) “atascado y confundido” ante la importancia de la corriente homosexual de los psiconeuróticos Freud, 1905, p. 105).

Tal vez a Freud le pasó lo que nos pasa a veces frente a un fenómeno que él mismo describió en 1919: Lo ominoso.

3.- El problema del Doble imaginario

¡Qué difícil nos resulta a todos esta imagen de la madre y la hija juntas en un vínculo de amor y de éxtasis!

“Las hijas nunca fueron
las verdaderas novias de su padre
Las hijas fueron en un inicio
novias de su madre
Después novias de cada uno de ellos
bajo una distinta ley.” (Adrienne Rich, 1978)

Quedémonos con esa imagen anterior, la de la hija como novia de su madre bajo otra ley. ¿Cuál ley? ¿Qué vicisitudes vinculares tiene una madre con una hija, que no tiene con un varón? Qué momento ése tan desconocido (tan reconocido), tan siniestro de la unión estética de dos seres del mismo sexo.

“Probablemente no exista nada en la naturaleza humana más resonante de carga que el flujo de energía que se da entre dos seres biológicamente similares, de los cuales uno ha reposado en la dicha amniótica dentro del otro, y el otro ha logrado dar a luz al anterior” (*Op.cit.*, p. 225).

¡Estamos ante la exigencia de unidad del narcisismo! En la Antigüedad a la Madre con la Hija se les veía como una imagen de fusión o unidad de la mujer fértil y de la virgen doncella (en plural *Deméteres*, las Deméter), que sin embargo quedaba como *una misma representación* de dos edades de la mujer (lo que nos recuerda el cuadro de G. Klimt: Las tres edades de la mujer). En esta división que Freud hace de la mujer madre y de la mujer ser humano, pueden entrar todos los artículos de madres e hijas que hablan de la transmisión de la feminidad y de la transmisión de la maternidad como dos cosas separadas que la madre enseña a sus hijas. De todas maneras creo que esta imagen de la mujer con doble cabeza es cuestionable.

A la Madre con el Hijo varón sí se les reconocía como dos entidades separadas (en el hijo encontraba la madre a su Otro) (Nicole Loraux). Es decir, que esta unión primigenia de madre e hija era vista como *UNO en plural*.

En la relación madre-hija, estamos entonces, (y esto sí es determinante y una vicisitud que se desarrollará de manera específica en la historia libidinal de las mujeres) ante la *homosexualidad originaria*, no como elección sexual posterior del desarrollo, sino como una “no-diferencia” que después se resignifica como homosexual. Al niño le pasa lo mismo, en el sentido de la no diferencia pero no implica que su amor por la madre haya sido homosexual pues el niño es evidentemente de otro sexo. El problema es que la hija cambiará a la sazón de objeto de amor.

El UNO, Plural, pero UNO. Así como Freud se sale de allí, para significar con la metáfora paterna, para ver a “dos” y no a uno, pues el uno es indescifrable e intolerable, tal vez porque no puede decirse mucho de eso aunque se lo encuentra estéticamente. Así a nosotros nos cuesta dejar de escuchar algo, de decir algo al respecto, y quedarnos en cambio estupefactos por un fenómeno de lo Ominoso, la relación *Madre/Hija* que devendrá en madre e hija. Y que el vínculo entre ellas estará siempre jaloneado hacia el Hades o el Más Allá, hacia la indiferenciación, hacia la exigencia y el tributo narcisista.

La madre es un yo reconocido, *a posteriori*, fuera de mí, pero en un inicio el espejeo materno hace de mirada y con ella la comparación, lo diferente, lo compartido entre madre e hija es un territorio especular inacabable. Toda la fantasía materna estará al servicio de ese cuerpo listo para significarse. El fenómeno especular -de la identificación imaginaria- entre madre e hija toma una fuerza, digamos que un *plus* narcisista en el terreno de la posterior identidad.

Freud nos enseña en “Lo ominoso”, que esto trata de “la aparición de personas que por su idéntico aspecto deben considerarse idénticas y el acrecentamiento de esta circunstancia por el salto de procesos anímicos de una de estas personas a la otra” -telepatía- “... de suerte que una es co-posedora del saber, del sentir y el vivenciar de la otra. La identificación con otra persona hasta el punto de equivocarse sobre el propio yo o situar al yo ajeno en lugar del propio... Y por último, el retorno de lo igual, la repetición de los mismos rasgos faciales, caracteres, destinos, hechos criminales, y hasta los nombres a lo largo de varias generaciones.” Freud, 1919, p. 234) Basta ver todos estos fenómenos en relación con las madres y los hijos, ya que no es privativo de las hijas, aunque sí lo sea en ese *plus* del narcisismo especular y de la identidad de género.

Los simples títulos de libros como “Mi madre, yo misma” (Nancy Friday), “La maternidad y el encuentro con la propia sombra” (Laura Gutman), ejemplifican de entrada, el fenómeno del doble y lo siniestro. ¿Será una exageración atribuir al fenómeno de la misogenia o el odio al origen, la pulsión de muerte? Y aquí lo que a la madre le toque en tanto figura del doble (lo ominoso).

Bastará escuchar la clínica de las mujeres que en mucho intenta desentramar una y otra vez esa trampa especular de la madre con la hija.

4.- De la misogenia, al doble, al superyó y a la identificación imaginaria

El odio al origen, ese rechazo al objeto que se hace, porque tiene que hacerse, para constituirse en ser humano (sujeto) junto con los fenómenos ominosos que acarrea, son los precursores de la conciencia moral que derivará en Ideal del yo y en el superyó, como escisiones del yo (doble) que no necesariamente se reprimen junto con el narcisismo inicial.

Una instancia así, que trata como objeto a parte del yo, hace que en la clínica observemos el vínculo madre/hija plasmado, por ejemplo en el

cuerpo, en el acto de comer o no comer (trastornos de alimentación), en las relaciones de sumisión de las escisiones del yo. Como si ese cuerpo fuese otro (semejante) pero no un sí mismo.

Las voces maternas del superyó que escuchamos como *dictmus* y sentencias del destino de las hijas, de lo que tienen y deben de hacer son un ejemplo claro del Doble, ominoso, portador del destino y de la muerte.

Ahora bien, “en la relación madre e hija el uso de la identificación como modo prevalente de relación ocurre sin límite... el espejeo infinitamente repetido de la identificación proyectiva pone el sello de un vínculo entre madre e hija de dimensiones femeninas y maternas condensadas... la madre inconscientemente proyecta a su propia madre o a su hermana en su hija...” (Florence Guignard, pp. 107-8) y yo agregaría que se proyecta también la madre misma. Podemos señalar también que el sentido de identidad de una hija se consigue por una mezcla sutil de compartir y escindir con respecto a la madre... y como cada madre ha sido hija y cada hija será tal vez una madre, la mezcla materna y femenina va y viene. A fin de cuentas, toda madre es hija de su madre. Como la imagen de la muñeca rusa “matrioska”, que contiene una igual dentro de la otra. Es una especie de imagen fractal o *droste*, recurrente, que se contiene en sí misma hasta el infinito.

La trampa especular de la comparación; lo igual, lo distinto, más o menos que; aquello que es indisoluble desde su origen con lo siniestro y el doble; hacen que con toda la suma de las ulteriores etapas psicosexuales, la rivalidad y la envidia entre mujeres sea un fenómeno casi presente en la mayoría de los aspectos del mundo femenino. Que sea una envidia enclavada en el intento de identificación de las hijas y no sólo escuchada a partir de su posterior paralelo en función de la envidia fálica. Es decir, que además de la complicación por el fenómeno especular femenino en la diferenciación subjetiva, tendremos que atender la diferenciación sexual posterior.

Supongo, porque estuvo en mi cabeza mientras escribía este trabajo, que habrá que investigar qué sucede en las madres durante la crianza y los cuidados de la hija, en el sentido de la reactivación de las huellas mnémicas de la homosexualidad narcisista, por un lado, y la consiguiente resignificación de la homosexualidad femenina. De allí, creo que muchas mujeres destetan antes a las hijas que a los hijos.

Historias de odio, historias de amor, pero sobre todo la profunda ambivalencia ineludible entre madre e hija que luchan por la diferenciación, si una tiene algo, la otra no; la comparación de los cuerpos como elemento constante de juicio. Ella sí, yo no, ella menos y entonces yo más. La

constante revuelta de madre e hija en el espejo.

El amor imposible con la madre que después muchas mujeres buscan en su relación con los hombres, tiene su origen y resuena en las palabras de Electra (de Eurípides) a su madre Clitemnestra cuando la ve muerta:

Behold! I wrap her close in the robe, the one I loved and could not love (II. 1230-31). “¡Mírala! La envuelvo cerca de mi ropaje, a la que amé PERO que no pude amar.”

5. Figuras de la ambivalencia

Para ser resuelta por las mujeres a lo largo de toda su vida, la fórmula quedaría así:

1. Yo-mi madre (la vicisitud de identificación y diferenciación)
2. Mi madre amada-mi madre odiada (ambivalencia hacia la madre)
3. Mi madre-mi padre (la prevalencia de dos objetos de amor simultáneos)

Recuerdo que cuando nació mi segunda y última hija un amigo de la familia, psicoanalista, me dijo: “¡Uy, que suertuda!” Yo le dije que el suertudo era mi esposo, porque mi hija mayor (en ese entonces de cuatro años) ya se perfilaba en ese amor edípico en el que me excluía y me rechazaba, de suerte que yo intuía mi destino de excluida también con mi segunda hija.

Pero él (con dos hijas y un varón ya en edad adulta), me dijo: “Uy, no sabes lo que dices. Las hijas no se van. Los hijos sí”.

Me pareció horrible, PERO me dio cierto gusto, también. He escuchado esas palabras en otras voces, “las hijas no se van igual que los hijos”. Entiendo que, no es que hagan como los hijos porque la cultura sea más permisible con los hombres, no se van del todo porque diferenciarse es una tarea que las mujeres tenemos pendiente y a cuesta PARA TODA LA VIDA. No nos vamos porque estamos siempre en el ir y en el venir, en la ambivalencia, entre ser novias de la madre y ser novias del padre; entre el amor y la hostilidad con la madre, entre el compartir y el escindir; entre el yo y el no yo. Entre ser madre y ser mujer y con ello, todas las otras cosas que se pueden ser... No podemos situarnos sólo dentro la Ley fálica pues traicionamos a nuestro primer amor. No podemos quedarnos con ese primer amor pues dejamos de individuarnos, de reinventarnos, de crecer, de crear.

Diferenciación de la madre y separación de ella que logramos siempre de modo provisorio, pero que las vicisitudes y exigencias libidinales de la vida pueden siempre reactivar y llevarnos a las sombras. Nuestra bisexualidad de

ida y de vuelta. La indiferencia con la madre y el advenimiento de nuestra feminidad será siempre un asunto pendiente, nunca concluido, en gerundio: haciéndose mujer, haciéndose madre, reconociéndose como hija, etc.

Nuestra sexualidad tendrá siempre una viscosidad libidinal distinta a la de algunos hombres (pues hay hombres muy femeninos en este sentido también). El superyó de las mujeres es planteado por Freud como “débil en su estructura” por la dificultad para satisfacer sus demandas, pero podríamos decir que estas demandas no sólo son de identidad, madre, mujer, sino también de estar al servicio de dos amores bajo distinta ley. El amor hacia el padre y el amor hacia la madre, con la consiguiente ambivalencia.

Quiero pensar que mientras una madre tenga mayor capacidad y flexibilidad de ir y venir de y hacia (su yo a su no yo, su madre a su padre y su madre amada/odiada) y desde sus ambivalencias, permitirá en la hija tener su propio andamiaje. La metáfora es una especie de tirolesa libidinal en la que ésta pueda a su vez ir y venir.

Tolerar que quiera estar, que no quiera estar, que se vaya a hacer su vida, que como dice la canción: “Si cuando se abre una flor, al olor de la flor, se le olvida la flor” (de la canción “Señora” de Joan Manuel Serrat).

“Siempre aprendimos a esperar que los enunciados tuvieran dos partes, la segunda en apariencia contradiciendo a la primera, y su unidad debajo nuestra habilidad creciente para tolerar la ambivalencia: porque eso es de lo que trata el amor materno” Jane Lazarre, 1997).

La madre que alimenta, significa y sostiene es la misma que impone, somete y rechaza. Ella, que posibilita PERO frustra a la vez, es la madre a la que se ama en el origen; pero que para permitir el advenimiento del Yo, se le odia. Con ella, gracias a ella, a pesar de ella, tendré que lidiar toda la vida, una y otra vez hasta saber hasta dónde termina ella y dónde empiezo yo. Pregunta irresoluble que hará metáfora con el acontecer del vivir.

Necesitamos escuchar ese espacio íntimo con las madres, la historia libidinal entre madre e hija que se escribe más allá de lo público y de lo político. La escucha de lo que las madres quieren nos pondrá siempre al borde del sujeto humano, en los bordes del yo. De allí la angustia, PERO también nos colocan en la posibilidad de escuchar y escribir la gran historia de las mujeres y de la relación íntima, especular y alucinante entre madre e hija.

Como sugiere Lazare: “La historia de las madres desde su punto de vista tendrá que ser contada una y otra vez. Tendremos que romper el silencio una y otra vez para hacernos reales para nuestras creaturas y para llegar

a entender más completamente a nuestra sociedad y a nosotros mismos” (*Ibidem*, p 20).

Bibliografía

- ATWOOD, M. (1979). *Life Before Man*. Estados Unidos: Anchor Books.
- BROOKS, P. (1992). *Reading for the Plot: Design and Intention in Narrative*. Estados Unidos: Harvard University Press.
- FREUD, S. (1996) Conferencia 33: La feminidad. (1932) en *Obras Completas de Sigmund Freud. Vol XXII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- FREUD, S. (1996) Caso Dora, Epílogo. (1905) En *Obras Completas de Sigmund Freud. Vol. VII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- FREUD, S. (1996). Lo ominoso.(1919). En *Obras Completas de Sigmund Freud. Vol. XVII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- GARRIGA, C. (2008). *Aperturas Psicoanalíticas 1: ¿Qué quieren las madres? Perspectivas del desarrollo, retos clínicos [Feig, S., 2005]*, N. 29, 5 de agosto de 2008.
- GARRIGA, C. (2008). *Aperturas Psicoanalíticas 2: ¿Qué quieren las madres? Perspectivas del desarrollo, retos clínicos [Feig, S., 2005]*, N. 30, 5 de diciembre de 2008.
- GUIGNARD, F. (2006). Maternity and Feminity: sharing and splitting in the mother-daughter relationship. En *Motherhood in the Twenty firts century*. Editado por Alcira Marian Alizade. Nueva York: Karnac.
- HIRSCH, M. (1989). Prelude. En *The Mother Daughter Plot: Narrative, psychoanalysis, feminism*. Estados Unidos: Indiana University Press.
- KOLTENIUko, M. (2013). *Misoginia Originaria*. Trabajo presentado en el Congreso COWAP: Intolerancia a lo Femenino. México, D.F., WTC.
- LAZARRE, J. (1997). *El nudo de la madre*. Estados Unidos: Duke University Press.
- LORAUX, N. (1992). Historia de las Mujeres. Tomo I. La Antigüedad ¿Qué es una diosa? La Madre, la Hija. En *Historia de las Mujeres* de Georges Duby y Michelle Perrot. Madrid: Taurus.
- MARTIN, C. (1996). De su ventana a la mía. En *Madres e Hijas*. Editado por Laura Freixas. Barcelona: Anagrama.
- RICH, A. (1976). *Of Woman Born: Motherhood as experience and institution*. Nueva York: Norton.
- RICH, A. (1978). *Sybling Mysteries: Dreams of a common language*. Nueva

York: Norton.

SORIANO, M. (1996). Ella se fue. En *Madres e Hijas*. Editado por Laura Freixas. Barcelona: Anagrama.